



Semblanza del H. Félix Pascual Ferrández Jiménez, S.J.

Pascual, como le gustaba que le llamaran, nació en Borja (Zaragoza) en 1930. A los 19 años, entró en el noviciado de Loyola y siguió en esta comunidad durante 10 años. En el catálogo aparece con el oficio de “encargado de la huerta”. El mismo oficio lo desarrollará en Veruela y Javier. Sus años en Loyola y el color pelirrojo de su pelo hizo que fuera conocido de forma simpática como “kaskagorri”, y todavía son muchos compañeros los que lo identifican con tal apelativo. Su vida apostólica la siguió en Zaragoza - donde de “kaskagorri” pasó a ser llamado “el royo” por imperativos obvios -, Alicante y Gandía ocupándose en diversas actividades; dirigir el taller de jardinería, colaborar en tareas varias en la comunidad, o ejercitar el oficio de sacristán, han sido algunos de sus oficios. Al mismo tiempo, colabora en varios proyectos sociales: Proyecto Hombre, asesor técnico del Proyecto Horizonte de Zaragoza y el taller de inserción laboral en el psiquiátrico de Zaragoza.

Hombre de criterio firme y sólido ha sido consultor de la casa en varias ocasiones. Era bien estimado por los compañeros jesuitas por su carácter y jovialidad.

Si ya sus primeros destinos le vieron encargado de la huerta y en contacto estrecho con la naturaleza, el resto de su vida ha ido desarrollando y ampliando su conocimiento y contacto con la tierra. Tenía una sensibilidad especial para las plantas, para diseñar jardines, cuidar árboles y preocuparse por la botánica. Y no solo como aficionado, sino incluso como consultor y diseñador de ambientes botánicos. En Veruela, por ejemplo, dio clases prácticas de poda de frutales a los agricultores de la zona. Fruto de su conocimiento y experiencia es la extensa colección de fotografías propias de plantas locales y del Pirineo que fue recogiendo durante mucho tiempo. Su sueño, no alcanzado por el progresivo deterioro de su salud, era publicar un libro de fotografías florales acompañadas de adecuados textos bíblicos. A ello dedicó tiempo e ilusión durante su estancia en el Centro Pignatelli, hasta que su edad y su estado de salud aconsejaron el traslado a la enfermería del Colegio del Salvador.

En los últimos años su salud se ha ido quebrantando y se veía obligado a permanecer en la silla de ruedas. No ha sido fácil este tiempo de prueba y contacto con la enfermedad, añadiendo a ello la dificultad de comunicación con los demás por su falta de audición.

El día 10 del pasado mes de junio, nuevo traslado desde la Comunidad del Salvador de Zaragoza a la de Loyola. Durante el viaje se despertaron en él recuerdos de sus tiempos pasados en esta tierra. Para sorpresa de sus acompañantes, durante el

viaje no dejó de cantar en euskera, nombraba los árboles y plantas que iba reconociendo, llegó con una gran sonrisa en su rostro e intercambiando algunas palabras en euskera con las personas que lo acogieron. Volvía, con alegría y esperanza, a la casa donde comenzó su itinerario como jesuita. Las perspectivas iniciales de su llegada no se han podido mantener durante mucho tiempo, pues su salud decayó rápidamente. Así, tuvo que ser ingresado en el hospital, y regresó a la comunidad ya en régimen de hospitalización domiciliaria. Y se nos fue apagando el bueno de Pascual, hasta que, en paz y sereno, se encaminó a la casa del Padre, en donde, sin duda, goza del mejor jardín posible.

Por donde quiera que pasó, o donde quiera que colaboró, Pascual siempre puso especial esmero en el cuidado de las personas con las que trabajó o convivió. Adultos, jóvenes o niños (¡sus queridos monaguillos de la iglesia de la Residencia en Zaragoza!),

todos disfrutaron de su vitalidad, de su de su saber, de su cariño. Hombre de amistades hondas, duraderas, agradecidas... Descanse en paz en la viña de su Señor.

